

Teresa Fallas *Escrituras del yo femenino en Centroamérica: 1940- 2002*. San José, Costa Rica, Editorial de la Universidad de Costa Rica. 2013. 301 Pags.

ESCRITURAS DEL YO FEMENINO: UN DEAMBULAR POR LOS BORDES

Yadira Calvo

Cuando Teresa Fallas me envió sus *Escrituras del yo femenino en Centroamérica 1940-2002*, dos elementos del título me llamaron la atención: el primero, la palabra “femenino”, que por sí misma ya anunciaba andar por el mismo tipo de vetas en las que me gusta escarbar; el segundo elemento que me llamó la atención fue “escrituras del yo”, porque me parece que cuando Flaubert anunció: “Madame Bovary soy yo” y Pérez Galdós declaró que todo autor “lleva consigo su novela” no estaban haciendo otra cosa sino reconocer que en algún grado, sea de forma explícita o enmascarada, no hay texto que no sea del “yo”; es decir, que no contenga algo de la persona que lo concibió, lo pensó, lo escribió. Pero, como dice la estudiosa Juana Vázquez, no existe una literatura del yo sin más: “siempre al escribir se selecciona, y esa selección se hace con un criterio”, y ese criterio “es impedir que no se exhiba en cueros el yo real, pues nunca nos queremos desnudar por completo. Tapamos las partes pudendas. Por tanto –dice ella-, existe, sin duda, la literatura del yo, pero del yo “adjetivado” con tanga.

Con esas premisas dándome vueltas en la cabeza, empecé a leer *Escrituras del yo femenino*, un análisis informado y ágil de la obra de doce escritoras centroamericanas. Los análisis, según declara su autora, surgieron de la sospecha de que “las escrituras autobiográficas femeninas” analizadas por ella “representan las búsquedas de una nueva subjetividad en las cuales las mujeres se autoexploran [...] descubriendo puntos de anclaje para posicionarse y configurarse como sujetos” en su contexto histórico (p. xxv). Los 62 años que abarca el estudio se dividen en tres etapas. La primera etapa está representada



La Revista Estudios es editada por la [Universidad de Costa Rica](http://www.ucr.ac.cr) y se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Costa Rica](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/cr/). Para más información envíe un mensaje a revistaestudios.eeg@ucr.ac.cr.

por Argentina Díaz Lozano, Consuelo Sunsín, Lucila Gamero de Medina, Claudia Lars y Amparo Casamalhuapa. Unas hondureñas, otras salvadoreñas, todas ellas precursoras, que escriben novelas autobiográficas, memorias o autobiografías en el período comprendido entre 1940 y finales de los 60. Época correspondiente al ingreso de Centroamérica al sistema capitalista, marcada por el ferrocarril, los gobiernos tiránicos, las explotaciones minera y bananera.

Una segunda etapa comprende la literatura de guerra, con testimonios de autoras incorporadas a la lucha revolucionaria del Salvador o Guatemala. Sus representantes, Ana Guadalupe Martínez, Nidia Díaz, Rigoberta Menchú, Claribel Alegría (en colaboración con Darwin J. Flakoll). De la última etapa, comprendida entre la última década del siglo XX y primeros años del XXI, que podríamos llamar de posguerra, Teresa selecciona autoras que, “dan cuenta” del “ansia por dejar huellas, rastros e inscripciones” de sus experiencias en las luchas revolucionarias de sus respectivos países. Estas autoras son Yolanda Colom y Aura Marina Arriola, guatemaltecas; y la nicaragüense Gioconda Belli.

Las *Escritoras del yo* femenino estudiadas por Teresa, tomaron parte en las diferentes luchas sociales o fueron víctimas de ellas. Ella las ubica en sus circunstancias geográficas, políticas y sociales. Esto le facilita entrar en una muy interesante discusión sobre el ser mujer y mujer centroamericana comprometida en las diferentes coyunturas históricas marcadas en mayor o menor grado por la confrontación. Pero además le permite poner de relieve que esto nunca ocurrió en plano de igualdad, porque en las sociedades patriarcales el dominio de los hombres sobre las mujeres es omnipresente; se mantiene a buen recaudo, y por lo tanto no se toca, ni se rasguña, ni se discute, ni se cuestiona. Las mujeres lo sufren con diferentes grados de aceptación o con una especie de mezcla entre rebeldía y ambigüedad. Teresa estudia las discriminaciones y desigualdades sufridas por las autoras en estudio, y no de paso sino como materia de fondo, en relación con los géneros literarios que ellas cultivaron, referidos al “yo”. Y es que



La Revista Estudios es editada por la [Universidad de Costa Rica](http://www.ucr.ac.cr) y se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Costa Rica](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/cr/). Para más información envíe un mensaje a revistaestudios.eeg@ucr.ac.cr.

el “yo” es una materia muy resbaladiza y cuestionable cuando se refiere a mujeres, durante mucho tiempo bajo sospecha de encubrir con él una innata falta de imaginación. Sospecha que al parecer nunca o muy pocas veces recayó sobre un hombre.

En cambio a las autoras, hasta otras autoras les critican cualquier interferencia autobiográfica en la obra. Teresa destaca cómo Virginia Woolf creía que la rabia, la amargura y la protesta les impedía acceder a la escritura como arte; Marguerite Duras se lamentaba de que las mujeres no escribieran más allá de lo autobiográfico, y Julia Kristeva recomienda la ‘purgación de todas las reminiscencias’ para llegar a la madurez creadora”. No obstante; Jean Paul Sartre aseguró que “la literatura está hecha para que la protesta humana sobreviva al naufragio de los destinos individuales”; y Roland Bartres, dijo que “si la escritura es verdaderamente neutra... entonces la literatura está vencida”.

Aquí parece que llegamos a un nudo gordiano. La rabia, la amargura y la protesta impiden a las mujeres acceder a la escritura como arte, pero solo a ellas. O se equivocan Galdós, Sartre y Bartres o lo que es bueno para el ganso no es bueno para la gansa. Y por ahí es por donde se abre la puertecita desde la cual mirar esta realidad. La realidad social dice que las cosas de mujeres son poquita cosa. Dice también que para tener una biografía no solo hay que vivir, sino vivir una vida digna de contarse según los criterios del grupo social. Por eso, citando a María Milagros Rivera-Garretas, Teresa advierte que “la irrupción de las mujeres en estas prácticas de escritura” esta “signada por la precariedad”. Una precariedad que se debe no solo al “lugar subordinado que ocupan”, sino a que por ocuparlo, no se considera que su “experiencia de vida” represente “la experiencia universal y /o significativa de la época”. En cambio se las vincula con lo “autobiográfico”, que es diferente. En ese contexto, significa, como dice Magda Zavala en el prólogo a esta obra, “falta de imaginación y de pudor”. Al parecer, el yo de las mujeres sí tiende al desnudo impúdico, a quitarse la tanga.



La Revista Estudios es editada por la [Universidad de Costa Rica](http://www.universidadcostarica.ac.cr) y se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Costa Rica](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/cr/). Para más información envíe un mensaje a revistaestudios.eeg@ucr.ac.cr.

Yo creo que, como señalan algunas personas, es de escaso interés deslindar lo que es inventado de lo que es imaginado: “lo importante es la realidad que transmita el libro y su valor literario. Pero creo también que el “valor literario” es muchas veces una cuestión de canon y de gusto. Como dice la especialista en arte Linda Nochlin, “detrás de la pregunta acerca de la mujer como artista (es decir como creadora) entonces, nos encontramos con el mito del gran artista” (del gran creador), único, divino que llevan en su persona desde su nacimiento una esencia misteriosa” llamada “Genio o Talento”. Y ese Genio tiene dos rasgos fundamentales: uno es que “como el asesinato, siempre debe salir, no importa lo improbable o poco prometedor de las circunstancias”. El otro es que se trata de una especie de “pepita de oro” que solo se aloja en hombres. La realidad es que, como lo había constatado Stendhal, cuando se aloja en mujeres “se pierde para la humanidad”. Y el hecho es que sí, que en su época se perdía y aun ahora hay mucho riesgo de que se pierda.

Aparte de eso, Teresa Fallas encuentra y lo documenta con citas textuales, una tendencia a relacionar a los hombres con las memorias, que describen viajes, conquistas, descubrimientos, acciones públicas o bélicas, todas consideradas “cosas de hombres”, porque ellos –afirma Teresa– “sin ningún tipo de reservas, ejercen un papel destacado en la sociedad”.

Esto se relaciona con algo que Pierre Bordieu denominó “capital simbólico”. El capital simbólico sería el conjunto de bienes simbólicos que se traducen en privilegios. Puesto que los hombres tienen el monopolio de los instrumentos para producir y reproducir ese capital y asegurar su conservación o aumento, las mujeres, como cualquier grupo estigmatizado, cuentan con un coeficiente simbólico negativo, que afecta negativamente a todo lo que son y a todo lo que hacen. Por eso sus escritos se asocian con la llamada “literatura menor”, calificativo con el cual –dice Teresa– se clasifica, según Deleuze y Guattari, la



literatura elaborada por una minoría dentro de una lengua mayor, tornándola imposible por la desterritorialización que conlleva y por el vínculo de estos géneros con lo masculino”. Esto se puede comprobar en los *guettos* en que en las historias de la literatura tradicionales se suele encerrar a las autoras, considerándolas fuera de toda corriente literaria o representantes ínfimas apenas buenas para la letra pequeña y el reducido espacio de “Otros autores”.

Según dice Teresa, las escrituras de las mujeres a cuyo estudio dedica el libro, se han tachado de “anómalas, ilegítimas, marginales y contaminadas”. No obstante, estas autoras han buscado “otros modos de interpelación con los cuales desestabilizan el poder que las negó, ocultó y borró de la historia de sus respectivos países” (p. 264). Y lo hacen desafiando el canon: empujando “las fronteras”, “confundiendo las demarcaciones”, sin preocuparse por deslindar géneros literarios o cartografiar sus escritos. Ellas son “rebeldes a las sujeciones por la hibridación”, de modo que sus textos, “si son novelas se quieren autobiografías, si son memorias se quieren novelas, si son cartas o diarios devienen en memorias”. Teresa la llama “la poética del ‘entre’”. “Ese deambular por los bordes, esa travesía por los géneros mixturados –dice ella- se debe a que estas mujeres evaden nombrarse, definirse, narrarse o encasillarse en un único reducto como, tradicionalmente, las confinan las estrechas fronteras culturales” (p. 265). En todo caso, se trataría de esas “evidencias discursivas” de que habla Rosa Rodríguez Magda en un texto que Teresa utiliza como epígrafe. Evidencias que sirven “de base para crear lugares de visibilidad y reconocimiento”: pruebas, usos, ejemplos, complicidades”, todas ellas evidencia de que la tarea de construir el propio rostro no es una empresa en solitario.

Y puesto que “inconclusas quedan sus propias historias”, Teresa culmina su obra con “in-conclusiones”. Unas in-conclusiones que nos llevan a sospechar que ella pertenece a quienes, como Consuelo Sunsín, es “del número de quienes



escogieron de una vez y para siempre el camino hacia el tesoro, más bien que el tesoro”.



La Revista Estudios es editada por la [Universidad de Costa Rica](#) y se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Costa Rica](#). Para más información envíe un mensaje a revistaestudios.eeg@ucr.ac.cr.